



ANTES, DURANTE, DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN... LA LUCHA CONTINÚA MOVIMIENTO FEMINISTA EN NICARAGUA

GEMA D. PALAZÓN SÁEZ
Universitat de València

Este artículo explora la relación y el desarrollo del feminismo en Nicaragua. Por un lado, la aparición del feminismo se ha datado tradicionalmente después de la victoria del Frente Nacional de Liberación Sandinista, aproximación que sugeriría que el feminismo nicaragüense no existió a finales del XIX. Por otra parte, los movimientos de mujeres en Nicaragua han estado siempre en debate con los discursos políticos que han ocupado el poder, lo que habla de un feminismo cambiante. Para explorar estos hechos, este estudio propone un itinerario que permita entender el desarrollo del feminismo en Nicaragua y su necesidad de redefinición a partir de las últimas elecciones presidenciales y de la penalización del aborto.

PALABRAS CLAVE: mujer, feminismo, Nicaragua, aborto.

1. Introducción

Dos hechos marcaron la agenda del movimiento feminista en Nicaragua durante el pasado 2006 y han sentado las bases del debate al que se enfrenta en el recién estrenado 2007. De un lado, la celebración de elecciones presidenciales puso de relieve el eterno debate alrededor de la autonomía del movimiento respecto a la política nacional y su carácter dependiente durante buena parte del siglo XX, al tiempo que se preveía una intensa campaña ideológica por parte de las distintas fuerzas políticas.¹ De

¹ Las pasadas elecciones fueron las más observadas de toda la historia democrática de Nicaragua desde 1990. Esto es así probablemente por dos motivos: por primera vez en la historia del país centroamericano, la derecha concurría dividida a los comicios (a pesar de los intentos de la embajada estadounidense por conseguir una candidatura común entre los dos principales candidatos liberales); el segundo motivo tiene que ver con la posibilidad real de que el Frente Sandinista de Liberación Nacional volviera al poder tras 27 años, esta vez desde las urnas. En un año en que se había ratificado el tratado de libre comercio con Estados Unidos

otro, pero estrechamente vinculado al anterior, la marcha encabezada por la iglesia para conseguir la penalización del aborto en todos sus casos, eliminando la figura jurídica del aborto terapéutico del Código Penal.² Ambos hechos supusieron para el movimiento feminista nicaragüense volver sobre cuestiones no resueltas a lo largo de su historia como lo son la cuestión del aborto en una sociedad profundamente marcada por la fe católica y la cuestión de la autonomía del movimiento frente al gobierno de turno.

El pasado 5 de octubre, la Asamblea Nacional de Nicaragua aprobó la penalización del aborto tras la marcha encabezada por las iglesias católica y evangélica (por primera vez unidas en una manifestación en la historia de Nicaragua) tras conseguir que cinco de los seis partidos que concurrían a las elecciones se pronunciasen en contra del aborto en todas sus formas.³ Con el clima de campaña electoral y la poderosa capacidad de movilización que las iglesias católica y evangélica –que consiguieron que una delegación especialmente convocada se reuniera con la Asamblea y expusiera su propuesta a los diputados, algo que no le fue permitido al Movimiento Autónomo de Mujeres que también reclamó audiencia en la Asamblea– se demostró que la estrategia de presión diseñada por el movimiento pro-vida resultó completamente exitosa cuando a su manifestación acudieron miles de personas y contaron con la presencia de cinco de los candidatos que optaban a la presidencia. Con una derecha tradicionalmente reaccionaria y con fuertes vinculaciones con la iglesia, y con una izquierda rebautizada católica a partir del matrimonio religioso de Daniel Ortega y Rosario Murillo, quedaba claro que las reivindicaciones feministas, como mínimo en ese campo, tendrían poco espacio y escasa cabida en los programas de gobierno de las distintas fuerzas políticas, más allá de las propuestas del MRS (Movimiento de Renovación Sandinista), y que la lucha por la autonomía, principal discurso del movimiento feminista desde la década de

(CAFTA) y otros previstos con la Unión Europea y Taiwán estaban en juego, la expectación alrededor de los posibles resultados de las elecciones marcaron el interés informativo que se desató sobre Nicaragua en el extranjero. Por otra parte, tras dieciséis años de gobiernos liberales y ante el empobrecimiento progresivo del país, las diferencias ideológicas en cuanto al discurso durante la campaña electoral de las distintas fuerzas políticas, se configuró como el principal campo de batalla en el que se decidiría el voto.

² La figura jurídica del aborto terapéutico está presente en Nicaragua desde 1893, año en que, bajo la administración de José Santos Zelaya, se reconocía el derecho al aborto en aquellos casos en que la vida de la madre peligrara en los siguientes términos: “el aborto terapéutico será determinado científicamente, con la intervención de tres facultativos por lo menos, y el consentimiento del cónyuge o pariente más cercano a la mujer, para los fines legales” (art. 165 del Código Penal de Nicaragua de 1893).

³ Tanto la derecha, tradicionalmente conservadora y anti-abortista en Nicaragua, representada por la Alianza Liberal Nicaragüense y el Partido Liberal Constitucionalista, como la Alianza Nicaragua Unida Triunfa que encabezaba el FSLN, se pronunciaron en contra del aborto en todas sus formas y a favor de la reforma del Código Penal para eliminar la figura del aborto terapéutico. Tan sólo el MRS (Movimiento Renovador Sandinista) se pronunció en contra de tal medida.

los noventa no sólo en Nicaragua, sino en buena parte de América Latina, seguía ahora, si cabe, más vigente que entonces.

Existen ya algunos trabajos que han documentado y analizado los orígenes y la evolución del feminismo en Nicaragua, pero han gozado de escasa difusión y, a pesar del interés que el movimiento de mujeres de Nicaragua ha recibido desde los años ochenta, son todavía poco conocidos más allá de sus fronteras.⁴ Existe una abundante bibliografía sobre los años que hicieron de Nicaragua el ojo del huracán en la convulsa década de los ochenta en el contexto de la guerra fría pero, con frecuencia, estos trabajos toman como punto de partida el triunfo de la revolución popular sandinista olvidando todo lo demás o estableciendo paradigmas totalizadores que parten de una ruptura histórica entre el antes y el después de la revolución, algo que quizá en lo político y económico supuso ciertamente un cambio radical, pero que sin duda no tuvo la misma factura en las transformaciones culturales.⁵ Es por eso que me interesa recuperar aquí algunos de los ejes que permitan leer la continuidad del movimiento feminista en Nicaragua desde sus primeros años (a finales del siglo XIX) y hasta nuestros días, y que permita entender los conflictos y problemas que enfrenta en la actualidad. Pensar el feminismo en Nicaragua sin tener en cuenta su historia y desarrollo supone, como lo ha supuesto para muchos trabajos críticos en décadas precedentes, un sesgo demasiado profundo que no se puede salvar desde el presente.

La posición de la mujer respecto al poder político en Nicaragua ha sido siempre fronteriza y con frecuencia articulada desde el mismo. La reformulación de sus roles sociales en función de los intereses económicos, políticos y de defensa,⁶ así como el imaginario femenino que ha acompañado los distintos proyectos nacionales, han dinamitado la capacidad de iniciativa y acción real del movimiento sobre la sociedad nicaragüense en muchas ocasiones. Es por eso que me gustaría plantear un breve recorrido por la historia del feminismo en Nicaragua que permita,

⁴ Me refiero a las investigaciones que han desarrollado Gema Santamaría (2005, inédito) y Victoria González (1996; 1998; 2001; 2002) fundamentalmente, pues sus trabajos han tratado de recuperar la historia del movimiento feminista en Nicaragua remontándose a finales del siglo XIX y presentando la línea evolutiva del mismo a lo largo del siglo XX.

⁵ Resulta obvio pensar que las transformaciones políticas o económicas que implementaron los sandinistas pudieron darse en un intervalo corto de tiempo, al menos las medidas fundamentales como la expropiación de tierras a la familia Somoza y sus allegados, el desarrollo de la reforma agraria, etc. Sin embargo, la revolución sandinista partía de la propuesta de ir mucho más allá del aspecto político y económico del Estado; se definía como revolución popular y esto suponía una profunda transformación social que, en principio, daría como resultado al hombre nuevo y, por extensión, a la mujer nueva. En la práctica, se demostró que no fue así. Más adelante me ocupo de esta cuestión.

⁶ Para ilustrar esta cuestión bastan quizá dos ejemplos a los que me referiré más adelante: bajo el régimen somocista le fue concedido el voto a la mujer, fruto de la coyuntura económica del país y el modelo modernizador impulsado desde el Estado; durante los años de gobierno revolucionario, la maternidad fue reformulada ante la agresión extranjera y el enfrentamiento desatado con la Contra, que acabó por convertir a la mujer en principal sostenedora del proyecto histórico de la revolución a partir de su capacidad reproductora.

finalmente, volver a plantear las dos cuestiones con las que se abre este artículo y que creo, han estado presentes a lo largo de buena parte del siglo XX.

2. Los orígenes del feminismo en Nicaragua: de la lucha sufragista al Ala Femenina del Partido Liberal Nacionalista

Con frecuencia, la crítica ha considerado el origen del feminismo en Nicaragua vinculado al triunfo de la revolución popular sandinista de 1979 (Santamaría, 2005: 38). El reconocimiento obviamente tiene que ver con su carácter popular y los importantes logros que durante los primeros años de revolución se consiguieron en materia social, los cuales tuvieron una clara repercusión sobre las mujeres nicaragüenses. Sin embargo, son varios los estudios que han señalado la importancia de la organización de las mujeres antes de la llegada de los sandinistas al poder (Kampwirth y González, 2001; González, 1996, 1998 y 2002; Santamaría, 2005).

En el caso de Nicaragua, y a diferencia del feminismo europeo y estadounidense, el movimiento no partió del proyecto más radical de la Ilustración. A esto contribuyó el hecho de que la formación del Estado en Nicaragua fue sin duda tardío⁷ y las luchas entre liberales y conservadores se prolongaron hasta la década de los treinta del siglo XX.

Antes de la llegada de Anastasio Somoza García al poder en 1937, ni liberales ni conservadores estaban dispuestos a reconocer el papel de la mujer más allá del ámbito privado. A pesar de que los liberales se mostraban más receptivos a sus demandas, lo cierto es que no existía un proyecto interesado en la incorporación de la mujer al espacio público más allá de su participación en las esferas productivas: “De esta manera, el matiz que distingue la visión de género de los liberales de la de los conservadores es que para los primeros las mujeres, además de cumplir con su rol genérico tradicional, podían trabajar y recibir una educación” (Santamaría, 2005: 42).

Con el triunfo del golpe de Estado de Anastasio Somoza se abre para Nicaragua un nuevo escenario nacional en el que cobra fuerza el proyecto modernizador que había comenzado ya a mediados del siglo XIX con el cultivo del café –al que se agregará en la primera mitad del siglo XX el del algodón– y que se fundamenta en el modelo económico agroexportador diseñado para toda Centroamérica. El proceso de modernización de Nicaragua bajo este modelo traerá consigo la apertura de nuevos espacios laborales y educativos (ante la demanda de personal cualificado) que dará lugar a las luchas sufragistas que habían comenzado ya a finales del siglo XIX y que encontrarían en el gobierno liberal de Somoza un eco importante, gracias al carácter populista que marcó su régimen (Gould, 1990: 228).

⁷ La independencia de Nicaragua le fue otorgada en 1981 como resultado de la declaración de la Capitanía de Guatemala que declaró su independencia en esa fecha, junto a la de los territorios bajo su jurisdicción, entre los que se encontraba la provincia de Nicaragua.

El movimiento feminista en Nicaragua comienza pues con la militancia y el activismo de mujeres en distintas organizaciones sufragistas en las últimas décadas del siglo XIX y se extenderá hasta casi la década de los cuarenta. En este movimiento, la figura de Josefa Toledo de Aguerrí es sin duda paradigmática, pues encabezó la lucha de esta primera ola de feministas a partir de la demanda de una serie de derechos básicos como lo eran educación, sufragio femenino y trabajo.⁸ La propia Josefa Toledo reconocía su feminismo como “conservador” y “práctico” (Santamaría, 2005: 52) en muchos de sus escritos, de lo que se deduce que, en última instancia, ni ella ni el resto de mujeres que militaban en las distintas organizaciones pretendían una transformación radical de las relaciones de género en la sociedad nicaragüense. Sin embargo, sí supuso un primer empuje al movimiento y una primera articulación del feminismo en Nicaragua, en el sentido de que se reconocían como activistas feministas.

Victoria González (1998: 61) data en la década de los cincuenta el punto de inflexión en que el feminismo en Nicaragua experimenta una marcha hacia atrás, un quiebre generacional y una reorientación de sus demandas que lo harán situarse bajo el amparo del gobierno somocista. Para la autora, la primera generación de feministas será sustituida por una nueva generación de mujeres activistas que las eliminarán del espacio público y que acabarán por convertirse en el Ala Femenina del Partido Liberal Nacionalista (PLN). Este grupo de mujeres de clase media servirán para extender la base de apoyo del gobierno somocista y se convertirán en “un poderoso movimiento de mujeres derechistas anticomunistas, que sin ser feminista valoraba los derechos políticos de la mujer” (González, 1998: 56).

Gema Santamaría ha señalado este proceso como un *continuum* (2005: 56) alegando que entre una generación y otra no existían diferencias ideológicas o políticas de fondo, precisamente porque la propuesta de Toledo de Aguerrí era un feminismo que se reconocía conservador y cercano al partido liberal. No obstante, lo cierto es que la década de los cincuenta marcará una importante transformación del movimiento de mujeres que comenzarán a ser organizadas desde el poder del Estado y pasarán a engrosar las filas del somocismo al constituirse el Ala Femenina del PLN en 1955. En última instancia, el Ala funcionará como uno de los principales soportes legitimadores del Estado de cara a la opinión pública internacional con su militancia explícita a cambio del reconocimiento de algunos derechos civiles:

El Ala Femenina del Partido Liberal] jugó un papel muy importante en el fortalecimiento y legitimación de la dinastía Somoza, en específico de los gobiernos de Luis y Tachito Somoza Deayle [...]

⁸ Para un análisis pormenorizado de la figura de Josefa Toledo de Aguerrí puede consultarse el trabajo de máster de Victoria González (1996), quien dedica un capítulo a su vida e importancia en el surgimiento del feminismo en Nicaragua.

los liberales somocistas lograron legitimar las elecciones del 57, 63, 67 y 74, gracias a la movilización efectiva de las mujeres del Ala para cooptar el voto de otras mujeres. (Kampwirth y González, 2001: 57)

A diferencia de lo ocurrido en 1939 con la *Petición feminista ante la Asamblea Constitucional* encabezada por Josefa Toledo de Aguirre en la que finalmente las demandas sufragistas de las mujeres no fueron escuchadas, a partir de la década de los cincuenta, las mujeres encontrarán una mayor predisposición por parte del régimen somocista frente a algunas de sus demandas y será bajo su régimen, fuertemente represivo, que las mujeres obtengan el derecho al voto en 1957. Los motivos que explican el cambio de actitud del régimen tienen que ver por un lado con el hecho de que en la petición de Josefa Toledo de Aguerri, Somoza temía que la iglesia católica se impusiera sobre la lealtad partidaria y las mujeres acabaran dando su voto al partido conservador; por otro, al hecho de que en la década de los cincuenta ya estaba garantizado el apoyo femenino al régimen mediante la jerarquización del Ala Femenina del PLN que se integraba como parte del aparato estatal.

Cuestiones como el repunte económico de los años cincuenta, el nacimiento de una clase opositora al régimen y la incorporación de la mujer al mercado algodonero crearán las condiciones necesarias para que el régimen se plantee la necesidad de incorporar a la mujer como fórmula de atraer el voto femenino al tiempo que el Ala Femenina del PLN sirvió para crear una red de mujeres a nivel nacional que diera impulso a la dictadura somocista, al tiempo que convertía en propios los triunfos referidos a la lucha por los derechos de la mujer: "Somoza repetía continuamente que el PLN era el partido que [le] ha[bía] dado a la mujer igualdad ante la ley" (González, 1998: 60).

En este sentido, Victoria González habla de un sistema clientelista de la dictadura somocista en el que "las mujeres valoraban tanto la oportunidad de convertirse en asalariadas, como el poder político que sus puestos de trabajo les brindaba en el marco de este sistema" (1998: 56). Por otra parte, a pesar de que el Ala estuvo configurada en su mayoría por mujeres de clase media-alta, lo cierto es que el régimen somocista estuvo todavía mucho más cerca de los sectores populares femeninos mediante la organización política de dos de los colectivos más vulnerables y marginados socialmente en el espacio urbano: las vivanderas⁹ y las prostitutas.¹⁰ Es

⁹ Por vivanderas se entiende al grupo de mujeres que vende en los mercados populares productos elaborados por ellas mismas (tortillas de maíz, zumos, dulces de preparación casera, etc.).

¹⁰ La relación entre prostitución y dictadura somocista va sin duda mucho más allá de la cuestión de soporte al régimen. Tanto la familia Somoza, como muchos altos cargos de la Guardia Nacional (ejército organizado a principios de siglo por Estados Unidos para garantizar el orden en Nicaragua durante su invasión y, posteriormente, principal brazo ejecutor de la

cierto que el Ala Femenina funcionó institucionalmente como un engranaje que acomodaba las demandas de un determinado sector de la población femenina y organizó su movilización a nivel nacional, pero los grupos populares dieron un apoyo estratégico y de presión fundamental a la hora de sembrar el terror en el espacio público (desde las calles y hasta la Asamblea Nacional). Quizá la figura más sobresaliente de este período sea la Nicolasa Sevilla¹¹ que acabó por sintetizar el proceso de decadencia y degeneración del régimen somocista al ser encarcelada en los primeros años de revolución. Su acoso constante en las calles de Managua en las manifestaciones que se dieron en los años setenta por parte de las madres que reclamaban la devolución de sus hijos asesinados o secuestrados por la Guardia Nacional, así como sus interrupciones en la Asamblea Nacional en las que no dudó en emprenderla a garrotazos con diputados conservadores, marcaron la imagen con la que después el Frente Sandinista de Liberación Nacional vincularía dictadura, prostitución y corrupción.

3. De AMPRONAC a AMNLAE: ¿feminismo revolucionario o revolución sin feminismo?

Con el asesinato del primer Somoza en 1956 y el recrudecimiento de la represión por parte de su hijo, Anastasio Somoza Debayle, la resistencia empezó a organizarse alrededor de los comités estudiantiles de las escuelas de secundaria y la Universidad. A comienzos de los años sesenta se crea el Frente Sandinista de Liberación Nacional y poco tiempo después empezaría a establecerse la estrategia de guerra de guerrillas como fórmula para derrocar al régimen somocista al tiempo que la revuelta estudiantil generaba focos de resistencia en las principales ciudades del país. La respuesta por parte del segundo Somoza y la Guardia Nacional desencadenó una campaña de represión fuertemente organizada sobre la población estudiantil en un momento en que ser joven se convirtió en motivo de sospecha para el régimen (Bayard, 2001: 55).¹²

represión somocista) regentaban numerosos prostíbulos a lo largo y ancho del país, lo cual le valió a la dictadura ser definida en términos de degeneración e inmoralidad por parte de las clases opositoras, algo que se manifestaría rápidamente en los primeros meses después del triunfo revolucionario, cuando una de las primeras medidas emprendidas por el nuevo gobierno fuera la quema de todos los prostíbulos y el pronunciamiento de una ley contra la explotación sexual de la mujer.

¹¹ El caso de la Nicolasa Sevilla (tal y como se la recuerda todavía en Nicaragua) ha sido estudiado parcialmente por Victoria González (1998), pero su historia está marcada por rumores y lagunas. Después del triunfo revolucionario fue encarcelada por haber participado en interrogatorios y torturas durante los años de dictadura y sobre su persona pesó siempre la acusación de haberse dedicado a la prostitución y haber regentado prostíbulos. Lo que sí es cierto es que la Nicolasa Sevilla fue un excelente instrumento de la familia Somoza para provocar agitación social e imprimir el miedo en los barrios populares de Managua.

¹² Rigoberto López Pérez, un estudiante de derecho, ajustició al primer Somoza el 21 de septiembre de 1956 a la salida de un baile en la ciudad de León. De la Universidad y las escuelas de secundaria salieron muchos de los dirigentes y guerrilleros que conducirían la

Consecuencia de ello fue la articulación de un movimiento de mujeres que desde su estatuto de madres se dirigían al régimen para reclamar por sus hijos muertos o desaparecidos y que acabó definido como AMPRONAC (Asociación de Mujeres ante la Problemática Nacional): “creada inicialmente con el objetivo de encauzar la lucha de las madres en defensa de los derechos humanos de sus hijos, la organización logró expandir y diversificar sus funciones, las cuales incluían el trabajo social en la comunidad, educación y salud pública, tareas de defensa, vigilancia de la revolución, propaganda, entre otras” (Santamaría, 2005: 78).

De este modo y como ha señalado Isbester (2001: 30-31), el movimiento de mujeres en Nicaragua a partir de los años setenta se articuló de forma muy similar a la de Madres de Plaza de Mayo en Argentina: ambas luchaban por la defensa de los derechos humanos y se organizaron en tanto mujeres demandantes desde sus roles tradicionales como madres, pero en el caso de Nicaragua, pronto funcionarían nuevas formas de incorporación a la resistencia con la llegada de mujeres a la guerrilla, algunas de las cuales acabaron detentando el título de Comandante y desde fechas muy tempranas, el FSLN capitalizaría la organización de las mujeres como forma de defensa civil en las ciudades en los últimos años de insurrección.

Lorrain Bayard (2001: 23) ha documentado la creación de comités de madres desde 1972 con organizaciones que no acabaron de cristalizar y que tuvieron una vida intermitente, pero con la constante de funcionar como reuniones clandestinas en las que compartían información sobre los presos políticos y hacían sus visitas como forma de mantenerlos con vida. Sin embargo, en 1977, retomando el *Programa Histórico* del FSLN en el que se apuntaba a la liberación de la mujer como uno de los principios de la revolución,¹³ surge AMPRONAC como estructura capaz de dar cabida a las mujeres vinculadas al FSLN o simpatizantes del mismo. Poco después del triunfo revolucionario, AMPRONAC cambiaría su nombre por el de AMNLAE (Asociación de Mujeres Nicaragüenses Luisa Amanda Espinoza) como homenaje a la primera mujer caída a manos de la Guardia Nacional y militante sandinista. Este cambio de nombre, junto con el triunfo revolucionario, dejaba claras cuáles eran las intenciones del FSLN a la hora de orientar sus políticas de género y la forma en que entendía la liberación de la mujer. Por un lado, el FSLN concebía la estructura de la AMNLAE como el resto de sus organizaciones de masas y por otro, la AMNLAE funcionó como organización capaz de integrar a todos los sectores femeninos de la población civil mediante la creación de numerosos comités que tomaban como punto de partida la maternidad; una maternidad

guerra de guerrillas y formarían parte del gobierno revolucionario después. En los últimos años de la dictadura y con la insurrección popular en marcha, son numerosos los pueblos del interior del país en los que la población masculina entre 14 y 25 años fue exterminada por ser susceptible de pertenecer a las filas del FSLN.

¹³ El capítulo VII recogía la emancipación de la mujer: “la Revolución Popular Sandinista abolirá la odiosa discriminación que la mujer ha padecido con respecto al hombre” (FSLN, 1989: 7).

entendida en términos revolucionarios como el mayor aporte de la mujer a la revolución (Solà y Trayner, 1988): los *cachorros*.¹⁴

Si en el caso de las Madres de Plaza de Mayo, fue precisamente su rol tradicional como madres el que pudo romper las estrategias patriarcales para colocarlas en una posición de resistencia y demanda hacia el Estado, en el caso de Nicaragua, la maternidad fue organizada desde el FSLN como fórmula de resignificación de la mujer al tiempo que jugaba una oposición con el imaginario femenino que correspondía al período somocista.¹⁵ En el primer año de gobierno revolucionario, la AMNLAE creó una serie de comités de madres de los que surgiría uno de los más importantes y que han perdurado hasta nuestros días, Madres de Héroes y Mártires, pero también otros como los comités de Madres con Hijos Secuestrados, Madres con Hijos Movilizados y Madres por la Alfabetización: “like all FSLN mass organizations, the Mothers were to provide a communication link between this sector of women and the party [...] the Mothers were seen as an effective vehicle through which to mobilize the imagery of motherhood in FSLN propaganda efforts” (Bayard, 2001: 69).

La proliferación de comités organizados bajo la maternidad de sus integrantes da cuenta del proceso de resignificación que la maternidad tuvo bajo el gobierno sandinista, sobre todo inmediatamente después de que las agresiones de la Contra comenzaran a operar en la región norte del país. Al mismo tiempo, esta resignificación de la maternidad que la legitimaba como fórmula de demanda social desde su rol tradicional fue retomada por las mujeres de la Contra, quienes se organizaron también en momentos puntuales bajo esta misma estructura para reclamar por sus hijos integrantes de la Guardia Nacional o del ejército de la Contra, encarcelados por el gobierno sandinista. Frente a estos otros comités de Madres, la respuesta de las sandinistas fue siempre la misma: frente a los presos políticos por el contexto de guerra civil, “¿dónde está la tumba de mi hijo?”¹⁶ (Collinson, 1990: 166); con ello, pretendían deslegitimar sus propuestas.

¹⁴ Con el término *cachorros* en los años ochenta, la cúpula de gobierno se refería a los jóvenes que prestaban el servicio militar patriótico y que por su juventud eran los defensores de la patria, pero también el futuro revolucionario. Alrededor de esos *cachorros*, las mujeres eran también depositarias de la defensa de la nación frente a la agresión extranjera y de la Contra: “during the insurrection and after the triumph, as contra attacks increased, the image of the mother was tied to protection, even armed protection of the nation’s children. The desire to protect one’s children, even through the use of violence, was posed as natural or divinely ordained maternal reaction” (Bayard, 2001: 41).

¹⁵ Mientras la dictadura había quedado retratada por la corrupción, la prostitución y la explotación sexual de la mujer, la revolución elevaba la condición de madre frente a esas otras mujeres que no habían sacrificado la vida de sus hijos por una Nicaragua libre. Después del cierre de prostíbulos y la prohibición de la prostitución, llegaría la eliminación de la Patria Potestad en favor de la Ley Reguladora de las Relaciones entre Madres, Padres e Hijos.

¹⁶ Este es un trabajo que pretende recorrer de forma descriptiva la historia del movimiento feminista en Nicaragua y, en especial, la historia que dio lugar al Movimiento Autónomo de Mujeres en los años noventa, estructura que surge inevitablemente de la organización de las mujeres durante los ochenta. Es por eso que este trabajo no se centra en otras manifestaciones u organizaciones de mujeres, aunque las hubo. Para eso, pueden consultarse

Es cierto que la participación de la mujer en la insurrección no estuvo marcada sólo por su signo de madres, sino que las mujeres fueron también correos, guerrilleras, mantenedoras de casas de seguridad clandestinas, etc.; pero a partir de los años ochenta fueron claramente resignificadas desde el FSLN y a través de la AMNLAE desde su rol tradicional de madres, entendido desde una perspectiva revolucionaria, pero sin cuestionar el orden social al fin y al cabo. Precisamente porque el FSLN nunca tuvo un programa de emancipación que cuestionara el orden patriarcal (Collinson, 1990: 138), la AMNLAE trabajó en función de las prioridades del partido¹⁷ y fue dotada de las mismas estructuras que el resto de organizaciones de masas (Thayer, 1993: 18): “el carácter para-partidario y la estructura de la organización, llevó desde el inicio a que AMNLAE postergara y pusiese en segundo lugar la lucha tanto por las necesidades prácticas como por los intereses estratégicos de género, lo que paulatinamente le ocasionó la pérdida de su base social” (Montenegro, 1996: 39). Karen Kampwirth (2004: 29) se ha referido por ello a la AMNLAE como la *esposa* del Frente Sandinista y ha señalado esta cuestión como uno de los principales problemas para un desarrollo del feminismo autónomo y centrado en una agenda específica de género. Su dependencia, en última instancia, acabaría por provocar una escisión interna en la organización que llevaría a cuestionar las directrices del FSLN en materia de género (Montenegro, 1996; Luciak, 2001: 169).

En el discurso sandinista, la opresión de la mujer no era consecuencia directa de la dominación masculina, sino de la ideología explotadora de las clases dominantes; es por eso que la emancipación de la mujer llegaría de la mano del proyecto de liberación nacional,¹⁸ como *compañera* del hombre nuevo nacido en la montaña en el proyecto histórico de la revolución.¹⁹ Sofía Montenegro ha analizado esta cuestión para explicar las disidencias que finalmente se produjeron en el seno de la AMNLAE y que conducirían a la formación del Movimiento Autónomo de Mujeres en los años noventa:

Pese a reivindicar la emancipación femenina, el FSLN convocó la participación de las mujeres en tareas que priorizaban la

los trabajos de Helen Collinson (1990), Bayard de Volo (2001) o Julia Brenes (1991), que sí dan cuenta de algunos de estos movimientos. Sin embargo, para articular los dos problemas que creo fundamentales en el feminismo nicaragüense actual (autonomía y políticas de género), creo conveniente circunscribir este trabajo a esas dos únicas cuestiones.

¹⁷ La AMNLAE respondía a una estructura organizativa en función de los intereses del Estado y se articuló más como una forma de organizar a las mujeres que como una organización de mujeres (Luciak, 2001: 169-170).

¹⁸ Para muchos sectores sandinistas, el feminismo tenía una carga peyorativa que era consecuencia de su interpretación como oposición al machismo (Collinson, 1990: 137).

¹⁹ Para señalar esta cuestión, basta recordar uno de los lemas con los que AMPRONAC funcionó en los últimos años de insurrección como reclamo para la participación femenina en la revolución: “No hay revolución sin emancipación de la mujer, no hay emancipación sin revolución”.

reconstrucción del país y la defensa de la revolución, y desde una ética utilitaria impuso la organización única de mujeres (AMNLAE), las prioridades del partido, que eran básicamente políticas, económicas y bélicas. Dado que el pensamiento oficial sandinista era que la emancipación femenina se aseguraba con que las mujeres participaran en las tareas revolucionarias, AMNLAE fue dotada con similares tareas y estructuras que las demás organizaciones de masas. (Montenegro, 1996: 38-39)

Esta situación se polarizaría mucho más a mediados de los años ochenta, cuando el enfrentamiento con la Contra se intensificara a causa de la financiación obtenida por parte de Estados Unidos, que llevó a la Dirección Nacional a instaurar el servicio militar patriótico en un momento en que ya no se quería que las mujeres participaran en primera línea de batalla: "women soldiers are not usually sent to the war front, [...] women do, however, go to the battlefield as cooks and other auxiliary works" (Collinson, 1990: 160). Como señala Collinson, las mujeres pasaron a ocupar los espacios de retaguardia con funciones tradicionales (enfermeras, cocineras, etc.), al tiempo que en la ciudad los comités de Madres funcionaban como los Comités de Defensa de la Revolución cubanos.

Julie Cupples, que ha trabajado las dinámicas del género con el gobierno revolucionario en el poder, ha señalado las frecuentes negociaciones que en cuanto a género se produjeron en Nicaragua tras el triunfo revolucionario y con el recrudescimiento de la guerra: "Despite the renegotiations of femininity and maternal subjectivity that the revolution entailed, as the Contra war intensified, the Sandinista gender regimen began to manifest an increasingly contradictory logic. It appears that women's revolutionary mobilisation generated anxieties over the way in which Nicaraguan womanhood was being redefined and over how the meanings of motherhood had expanded to include combative motherhood" (2002: 141).

En efecto, este discurso contradictorio por parte del FSLN, que por un lado enardecía la maternidad como principal aporte revolucionario de la mujer, después se convirtió en principal reclamo de las madres que veían cómo sus hijos eran sacrificados por la revolución en una guerra que se libraba muy lejos de sus hogares.²⁰ Los años de represión y tortura de la dictadura somocista, los duros combates con la Contra desde 1984 y la incapacidad del FSLN para asegurar una propuesta de paz, hicieron que finalmente las madres, las grandes sostenedoras de las principales políticas del FSLN en el poder, dieran su voto en 1990 a la candidatura conservadora de Violeta Barrios de Chamorro que, desde una propuesta muy lejana a la

²⁰ Así como el principal núcleo poblacional en Nicaragua se encuentra instalado en la costa del Pacífico, los enfrentamientos con la Contra tuvieron lugar principalmente en la frontera con Honduras y la costa atlántica, por lo que la movilización de jóvenes fue frecuente a lo largo de los años ochenta. Las madres reclamaban así, de un lado, no ser separadas de sus hijos; de otro, que éstos les fueran devueltos con vida.

del FSLN, se presentaba también en su campaña electoral como madre (Bayard, 2001: 156).

4. Los años noventa: neoliberalismo, ONGs y nuevas propuestas

A finales de los años ochenta, quedó claro que el FSLN había acabado por abandonar la agenda de género en función de las necesidades revolucionarias (defensa y reforma agraria). Un sector de la AMNLAE veía cómo sus demandas feministas no iban a tener cabida en una organización que, por su lealtad partidaria a la revolución, no cuestionaría el orden patriarcal y que reproducía en sus jerarquías la misma discriminación hacia la mujer (la Dirección Nacional estaba integrada exclusivamente por Comandantes revolucionarios entre quienes no figuraba ninguna mujer) y que a pesar de haber reconocido el fundamental aporte de la mujer durante los años de insurrección, la había devuelto a un espacio mucho más tradicional después del triunfo.

El hecho de que a lo largo de la década de los ochenta se hablara de la emancipación de la mujer y su importancia como igual en una sociedad de hombres libres (en la que a pesar de ello no se la incluía si no era como *compañera*), pero no se legislara en ningún momento sobre materia de reproducción sexual o el derecho al aborto (Sunderland, 1994: 43), como sí había ocurrido en la revolución cubana, trajo consigo la aparición de un discurso crítico que en ocasiones se generó dentro de la misma AMNLAE y que acabó por suponer un cuestionamiento del propio FSLN en materia de género. Finalmente, en la campaña electoral de 1989 y frente a las dos cosmovisiones enfrentadas,²¹ fue la de la imagen maternal de Violeta Barrios de Chamorro, que se presentaba como madre y viuda de la nación, la que se impuso como fórmula para reconciliar un país en el que la guerra había durado demasiado tiempo y que el FSLN no parecía capaz de pacificar.

Frente a la propuesta de la maternidad revolucionaria que tanto el FSLN como la AMNLAE difundieron en los años ochenta, Violeta Barrios de Chamorro escogió presentarse ante los nicaragüenses como una *madre dolorosa* recuperando la imagería mariana, el discurso más conservador de la representación femenina (esposa, madre y abnegada viuda tras el asesinato de su marido, Pedro Joaquín Chamorro, en un atentado organizado por la dictadura). A su vez, su propia historia familiar parecía reproducir la de toda la nación: "her family was divided: a son in the *Frente* and a son in the *Contras*, a daughter at the Nicaraguan Embassy in Spain,

²¹ A las elecciones concurrían el FSLN con una campaña que insistía en la imagen cultural del "gallo peleador": Daniel Ortega como comandante revolucionario, cargado de toda la simbología masculina que acompañaba a la formación del hombre en la montaña, frente a la madre-virgen que representaba la figura de Violeta Barrios de Chamorro que encabezaba la lista de la UNO (Unión Nacional Opositora) y a la que finalmente, las madres dieron el voto. Para un análisis de esta cuestión pueden consultarse los trabajos de Karen Kampwirth (1992, 1996, 1998) e Ileana Rodríguez (1994).

and the other heading the opposition newspaper. In her, reconciliation and harmony converge” (Rodríguez, 1994: XV). Cupples (2002: 4-5) habla por ello del poder que la imaginó alrededor de la maternidad ha tenido en Nicaragua, no sólo cuando las mujeres han politizado su estatuto de madres como forma de responder a la violencia de Estado, sino también desde las distintas ideologías políticas que han sabido hacer uso de la misma para conseguir su legitimación en el espacio público y la movilización de las mujeres en torno a su causa.

Con el sueño de la revolución esfumado, un proyecto neoliberal en marcha y un gobierno que no mostraba demasiado interés en recuperar las políticas sociales emprendidas en la década precedente, el feminismo en Nicaragua necesitaba una nueva articulación del movimiento. La crisis desatada en AMNLAE como consecuencia de su dependencia partidaria que ya se había empezado a manifestar desde mediados de los años ochenta y que había llevado a una revisión crítica de la organización, acabaron por desembocar en la necesidad de plantear un movimiento de mujeres que funcionara de forma autónoma al gobierno en el poder. La discusión alrededor de la autonomía cobró fuerza en los últimos años de gobierno sandinista hasta el punto de convertirse en la única alternativa viable para el movimiento de mujeres capaz de dar cabida a una agenda feminista en la que las cuestiones de género no estuvieran supeditadas a los intereses políticos:

Tanto mujeres de AMNLAE como de otras organizaciones coincidieron en que la autonomía era una condición necesaria para poder plantear una agenda propia y para que el movimiento pudiera representar los intereses de las nicaragüenses [...] las mujeres que abandonaron AMNLAE y que construyeron nuevos espacios para avanzar sus intereses dejaron de presentarse como sandinistas, a pesar de que muchas de ellas seguían simpatizando con la revolución. En su lugar, empezaron a movilizarse en torno a una identidad de género que les permitía defender sus derechos y denunciar las razones de su exclusión. (Santamaría, 2005: 83)

Esta revisión crítica del movimiento, junto con la llegada de Violeta Barrios a la presidencia que promovía un rol tradicional de la mujer, hicieron de la autonomía estandarte del movimiento y cristalizó en la formación del Movimiento Autónomo de Mujeres en 1992.²² En la búsqueda de nuevos

²² Isbester (2001: 156-186) ha definido las cuatro grandes redes que surgen en los primeros años de la década de los noventa. Sin embargo, creo que el caso del Movimiento Autónomo de Mujeres ha tenido una mayor trascendencia en cuanto a la teorización del feminismo en Nicaragua, mientras que otros movimientos, como la Red de Mujeres contra la Violencia o la Red de Salud de Mujeres han tenido una función más asistencial hacia problemáticas específicas.

espacios, el movimiento de mujeres se acercó al mundo de las ONGs, que por esa época experimentaban un auténtico *boom* en toda América Latina y también en Nicaragua.²³ Sin embargo, frente a la idea de sostener una independencia respecto del Estado a través de la intervención social mediante el desarrollo de ONGs que plantearan una agenda de género, se produjo también un proceso de atomización del movimiento con la conformación de ONGs que “pasaron de las trincheras a la academia o a la lógica del asistencialismo” (Santamaría, 2005: 92). Es decir, mientras se sostenía la independencia respecto al Estado y se celebraba la conquista de la autonomía respecto a la década precedente, lo cierto es que la dependencia se trasladó del Estado hacia los organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial que desembocaría en una nueva crisis sobre la autonomía a mediados de los noventa: “por un lado aparece el ‘movimiento burocrático institucional’ compuesto por especialistas y miembros de ONGs que recibían financiamiento internacional y por otro se encuentran las autónomas, que criticaban (y critican) la tendencia *oenegizadora* en el movimiento feminista” (Santamaría, 2005: 94).

Las consecuencias de este proceso fueron diversas para el movimiento feminista en Nicaragua. Por un lado, mediante la proliferación de ONGs y frente al recorte de políticas sociales del gobierno de Violeta Barrios de Chamorro, el movimiento acabó haciéndose cargo de políticas de Estado en materia de género hasta hacer de esas cuestiones materia de resolución por parte de la sociedad civil y no del Estado. Por otra parte, con la profesionalización del mundo de la cooperación, estas ONGs acabaron más preocupadas por la obtención de sus recursos que por cuestionar su participación y la responsabilidad del Estado respecto a los problemas de los que se estaban haciendo cargo (violencia de género, falta de planificación familiar, embarazo adolescente, etc.).

A lo largo de los noventa, tres momentos puntuales cuestionarán las nuevas directrices acometidas por parte del Movimiento Autónomo de Mujeres y cristalizarán en el documento programático elaborado en 2006 frente al nuevo escenario nacional: la denuncia de Zoilamérica y el huracán Mitch en 1998 y el pacto entre el FSLN y el PLC (Partido Liberal Constitucionalista) en 1999.²⁴

²³ La proliferación de ONGs está vinculada también al fracaso de la revolución. Con la pérdida de las elecciones se ponía fin a un proyecto nacional en el que numerosos nicaragüenses habían crecido y creído firmemente. Frente a la crisis del Estado desatada por las acusaciones de corrupción y malversación de fondos (la famosa piñata, con la que se refirieron a la apropiación indebida de tierras por parte de cargos dirigentes del FSLN en el período de transición de los noventa), muchos militantes encontraron en el espacio de los organismos no gubernamentales una forma de seguir resistiendo al proyecto neoliberal del nuevo gobierno y de canalizar sus propuestas de solidaridad social con los más desfavorecidos.

²⁴ Mediante este pacto, FSLN y PLC se repartieron el poder ejecutivo y legislativo del país desde 1999 y que permitió al PLC permanecer en el poder mientras el FSLN seguía “gobernando desde abajo”.

En 1998, se produjo la denuncia de abuso sexual de Zoilamérica hacia su padre adoptivo, Daniel Ortega. Esta denuncia generó un intenso debate en la opinión pública y dividió el movimiento de mujeres en un discurso en el que Zoilamérica rara vez fue vista como víctima y en el que proliferaron todo tipo de teorías conspirativas alrededor de la influencia de la embajada estadounidense en el caso. El movimiento de mujeres se vio nuevamente dividido entre aquellas que consideraron que con una perspectiva de género había que tratar el tema desde el lado de la víctima y quienes consideraron que la lealtad partidaria al FSLN estaba por encima de dicha denuncia (Luciak, 2001: 175). Poco después, el huracán Mitch cuestionaría la capacidad del Movimiento para hacer frente a las necesidades sociales al margen del Estado en situaciones de emergencia.

Pero sería el pacto entre los dos principales partidos del país en 1999 el que determinara un cambio en la orientación del movimiento desde el principio de autonomía entendido como rasgo apolítico, para dar paso a la necesidad de otras formas de hacer política surgidas desde el interior del Movimiento Autónomo de Mujeres. Frente a la impunidad de los dirigentes políticos, casos como la denuncia de Zoilamérica o la situación del ex presidente Arnoldo Alemán²⁵ evidenciaban la imposibilidad de seguir dando la espalda al escenario político que vivía Nicaragua y que exigía un compromiso no partidario por parte del Movimiento, pero sí político con el desarrollo del país.

Esta reformulación, sin embargo, no llegaría hasta el año 2006 cuando, ante la propuesta en la Asamblea Nacional de reformar el Código Penal para eliminar la figura del aborto terapéutico, el movimiento decidió publicar las *Bases de la refundación del Movimiento Autónomo de Mujeres de Nicaragua*. En el texto, reconocen la necesidad de redefinir en términos identitarios el movimiento de mujeres en Nicaragua que se ha visto fuertemente desestructurado por la realidad socio-económica del país y su propuesta pasa por defender el principio de su autonomía que tanto les ha costado conquistar y que todavía está sometida a análisis, al tiempo que defienden la necesidad de tener una participación política no partidaria del Movimiento que permita elevar sus demandas al Estado.

Está por ver cuáles serán las estrategias emprendidas por el Movimiento para hacer frente a la nueva situación que atraviesa Nicaragua tras el reciente triunfo electoral del FSLN. Quizá sea el momento idóneo para reactivar los lazos sociales que vertebraron la ciudadanía nicaragüense en los años ochenta, pero es cierto que la primera batalla que se libró alrededor de la criminalización del aborto terapéutico ya la perdieron cuando se mostró incapaz de movilizar a las mujeres nicaragüenses ante una medida que, en última instancia, dejaba claro que sus vidas valen menos frente al Estado. En cualquier caso, lo que sí se manifiesta como una constante desde los últimos años es que el feminismo en Nicaragua ha

²⁵ Acusado por malversación de fondos y corrupción pública, sufre arresto domiciliario, teniendo por cárcel todo el municipio de Managua.

decidido retomar el testigo en un ejercicio de revisión y autocrítica que quizá desemboque en un proyecto capaz de pensar las relaciones entre Feminismo y Estado desde otro lugar que no sea ya ni dependiente, ni alineado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bayard de Volo, Lorraine (2001), *Mothers of Heroes and Martyrs. Gender Identity Politics in Nicaragua 1979-1999*, Londres, The Johns Hopkins University Press.

Brenes, Julia (1991), *La mujer nicaragüense en los ochenta*, Managua, Nicarao.

Collinson, Helen (1990), *Women and Revolution in Nicaragua*, New Jersey, Zed Books.

Cupples, Julie (2002), *Disrupting Discourses and Reformulating Identities: the Politics of Single Motherhood in Post-Revolutionary Nicaragua*, Canterbury, University of Canterbury.

FSLN (1989), *Programas y proclamas del FSLN*, Managua, Vanguardia: 1-10.

González, Victoria (1995), "La historia del feminismo en Nicaragua, 1837-1956", *La Boletina*, Managua, Puntos de Encuentro, 22: 7-15.

— (1996), *Josefa Toledo de Aguerri (1886-1962) and the Forgotten History of Nicaraguan Feminism, 1821-1955*, New Mexico, University of New Mexico, MA Dissertation in History [documento cedido por la autora].

González, Victoria (1998), "Del feminismo al somocismo: mujeres, sexualidad y política antes de la revolución sandinista", *Revista de Historia. Edición especial*, 11-12: 55-80.

— (2002), *From Feminism to Somocismo: Women's Rights and Right-wing Politics in Nicaragua 1821-1979*, Indiana, Boomington Indiana University.

Gould, Jeffrey L., (1990), *To Lead as Equals. Rural Protest and Political Consciousness in Chinandega, Nicaragua, 1912-1979*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press.

Isbester, Katherine (2001), *Still Fighting. The Nicaraguan Women's Movement, 1977-2000*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.

Kampwirth, Karen (1992), "The Revolution Continues: Women's Organizations under the UNO", *Paper presented at the Annual Convention of the American Political Science Association*, Chicago, [documento cedido por la autora: 50 pp.]

— (1996), "The Mother of the Nicaraguans: Doña Violeta and the UNO's Gender Agenda", *Latin American Perspectives* 23, 1: 67-86.

Lectora 13 (2007)

(d)

— (1998), “Feminism, Anti-feminism, and Electoral Politics in Post-war Nicaragua and El Salvador”, *Political Science Quarterly*, vol. 13, 2: 259-279.

— (2004), *Feminism and the Legacy of Revolution. Nicaragua, El Salvador, Chiapas*, Ohio, Ohio University.

Kampwirth, Karen y Victoria González (eds.) (2001), *Radical Women in Latin America: Left and Right*, University Park, Penn State University.

Luciak, Ilija A., (2001), *After the Revolution. Gender and Democracy in El Salvador, Nicaragua, and Guatemala*, Londres, Johns Hopkins University.

Montenegro, Sofía (1996), “¿Es revolucionario el FSLN?”, *Montañas con recuerdos de mujer. Una mirada feminista a la participación de las mujeres en los conflictos armados en Centroamérica y Chiapas*, Clara Murguialday (ed.), San Salvador, Foro Regional El Salvador: 31-41.

Movimiento Autónomo de Mujeres (2006), *Política y ciudadanía de las mujeres. Bases de la refundación del Movimiento Autónomo de Mujeres de Nicaragua*, Matagalpa/Managua, 20/02/2006. <<http://www.movimientoautonomodemujeres.org/historia/DocumentoPoliticoMAMNicaragua.pdf>>

Rodríguez, Ileana (1994), *House, Garden, Nation. Space, Gender and Ethnicity in post-colonial Latin American Literatures by Women*, Londres, Duke University Press.

Santamaría, Gema (2005), *Alianza y autonomía: las estrategias políticas del movimiento de mujeres en Nicaragua* [trabajo de licenciatura inédito].

Solà, Roser y M^a Pau Trayner (1988), *Ser madre en Nicaragua. Testimonios de una historia no escrita*, Barcelona, Icaria.

Sunderland, Judith (1994), “Gender in Revolution in Nicaragua: the Politics of Defense” [documento mimeografiado, 43 pp.]

Thayer, Millie (1993), “After the Fall: the Nicaraguan Women’s Movement in the 1990s” [documento mimeografiado, 52 pp.]